



Donna Durán publicó dos novelas antes de *Liderazgo de las palmeras*. Una, a muy corta edad, que trata sobre una pareja de mujeres suburbanas adictas a las motocicletas y a los dildos en la Argentina peronista (*Tijeras sin frenos*); y otra, apenas terminó la universidad, que se desvive en una explicación sosa sobre la inutilidad de la tristeza, a través de las fatídicas



Septiembre-Octubre 2018

ISSN: 2007-7483

©2018 Derechos Reservados

www.revistadestiempos.com

experiencias de un hombre llamado Roboald en su granja de ornitorrincos (*El pico deforme de la desgracia*). Pero no fue hasta que vislumbró la vejez de cerca — rondaba ya los cuarenta— en que quiso escribir sobre algo que la apasionase de verdad, con altos grados de locura y rareza, y fue en ese entonces cuando nacieron los primeros párrafos de la novela que le daría fama. La trama de esta gira en torno a un personaje hecho de petróleo —llamado Fifikus— que gusta de asesinar niños con asfixia y explosiones en las costas venezolanas.

Liderazgo de las palmeras fue un éxito de ventas desde sus días de lanzamiento. Pronto Donna estuvo en librerías firmando autógrafos y siendo amable con gente que no conocía (ni llegaría a conocer). La portada de su novela estaba en cada escaparate; no había afiche donde no se leyera su nombre. La gente la rodeaba y le acariciaba las mangas de su chaqueta. Eran tardes de flashes.

Así fue como se topó con Samuño, el gran lector.

Lo vio detrás de dos mujeres flacas y de gafas de montura gruesa en la fila. Lo primero que llamó su atención fue la vestimenta del hombre (que, sí se le veía atentamente, no era más que un muchacho apergaminado): una pijama color malva, y su calzado, no cabía duda, eran pantuflas en forma de león. Rugían anestesiadas desde el suelo. En una sala donde todos iban de negro y con códigos de expresión basados en la simpleza, él se hacía notar. Luego le llamó la atención su fealdad desgarbada y el modo en que miraba al techo. Debía sentirse enjaulado, o quizá condenado. Donna se apresuró con las mujeres antes que él, y en cuestión de minutos tomó el libro que el muchacho le tendía.

Era su novela, por supuesto. *Liderazgo de las palmeras* en su último respiro: extremadamente manoseada, con el lomo partido en tres secciones.

Donna, muy profesional, le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Samuño.

—¿Sin ningún apellido?

—Samuño es mi único apellido.



—¿Entonces sin ningún otro nombre?

—No me gusta mi primer ni mi segundo nombre. Déjelo así.

Donna firmó el libro y le escribió una dedicatoria que se le ocurrió en el momento: «Para el hombre-muchacho que camina dormido y salvaje. Fifikus amaría sus pantuflas». Trató de usar su mejor letra cursiva, aunque le salió algo ilegible.

Sopesó lo de «hombre-muchacho» mientras escribía. ¿No eran lo mismo acaso? Un muchacho es siempre un hombre. Aunque, bueno, se contradijo, un hombre no siempre es un muchacho.

Se espantó el pensamiento. Eso ahora no tenía cabida. Le devolvió el libro a Samuño.

Samuño, al leer la dedicatoria, torció los labios. Le dijo:

—No creo.

—¿Cómo dice?

—Que no creo. No creo que Fifikus amaría mis pantuflas.

—¿Por qué no?

—Porque a él no le gustaba la infancia; la creía un castigo de la vida. Un engaño con fecha de caducidad. No había algo peor para él. Y mis pantuflas simulan ser leones bebés: Fifikus las repudiaría.

Donna Durán pensó al respecto. Esperaba que nadie hubiese oído que un fanático le hiciera una aclaración sobre uno de sus propios personajes. Por fortuna todos ahí parecían estar atentos de la lentitud de la fila, y de nada más.

Donna, sonrojada, dijo:

—Tiene usted razón.

—Lo sé, señora Durán.

—No me llame por mi apellido. Todavía me incomoda.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ya ve. No sólo usted tiene manías con la forma en que le gusta ser llamado.

—Lo sé, señora Donna. Los nombres son importantes, aunque la gente los tome a la ligera.

—Tampoco me diga señora. Aun no me he casado.

—Lo sé, Donna.



—Bien. Y usted, que todo lo sabe, ¿podría decirme si hay algún bar decente cerca de esta cuadra?

—Hay uno, sí.

Pocas veces conocía a un hombre interesante. (Le llamaría únicamente «hombre» de ahora en adelante. Era más cómodo para ella.) En el mundo de las letras que Donna frecuentaba —escritores premiados y depresivos— la mayoría sólo se interesaba en los libros que escribían, en la imagen que daban en entrevistas televisivas, en conceptos dogmáticos de Literatura. Siendo ella una escritora seria, y encima famosa, dedicada más a la emoción que a la intelectualización, no miraba en ellos más que un grupo de megalómanos a los cuales ignorar. (Donna, en añadidura, tenía un repelús profundo por las discusiones con esos tipos; escribía para obtener calma en la contemplación del mundo, no para estar en acuerdo o desacuerdo con nadie.)

Algo de esa superioridad viperina tenía Samuño, pero era lector y no escritor, y en él resultaba encantadora.

—Espéreme al final de la fila entonces —le dijo Donna—. Me gustaría tomarme una copa con usted, ¿le parece?

Samuño acarició la contratapa de *Liderazgo de las palmeras*. Enarcó una ceja y preguntó:

—¿Por qué?

—Porque me apetece hacerlo. ¿A usted no?

Samuño asintió, y dio la vuelta.

Donna firmó los autógrafos que hacían falta con más ligereza y trató de escribir dedicatorias menos extensas. Dejó de conceder fotos; dijo que tenía el rostro cansado. Los fanáticos no pararon de acumularse a su alrededor, pero con la espera también se aburrieron. Con este paso logró terminar en una hora. Se despidió de su editor, de la junta de librerías de Málaga, y en un santiamén, que fue casi orgásmico, estuvo con Samuño de camino al bar.

Ambos caminaban de forma pausada, aunque más Samuño. El sonido de sus pisadas se entremezclaba con el cambio de luces de los semáforos, con la intermitencia de los seres que retornaban a sus hogares



con el desdén de la obligación. A Samuño no le molestaban las miradas de soslayo que despertaba en las calles y de vez en cuando constataba el estado de varios libros que cargaba en un bolso.

—¿Estuvo en la firma de autógrafos con otros escritores hoy? —preguntó Donna en broma.

—No. Para nada. Sólo en la suya.

—¿Y esos libros? Lleva muchos. No he escrito tantos.

—Los acabo de robar de la librería.

—¿Es en serio?

—Sí. Es fácil cuando todos prestan atención a un escritor que sólo sabe hablar sobre sí mismo. Se les olvidan los libros a su alrededor. Me robé seis.

—Yo no sé hablar sólo sobre mí misma, atrevido.

—¿Segura?

—Claro. Y, para que sepa, el hurto es despreciable.

—¿Jamás ha robado un libro?

—Por supuesto. Robé muchos en mi adolescencia. Era muy pobre, apenas una estudiante de Letras becada y sin el interés de mis padres; no me quedó de otra. Pero me arrepiento: es un acto que nada más se fija en los intereses propios. Y a medida que uno crece como escritor desarrolla una compasión profunda; me afecta mucho el sentir de los otros. Ya no lo hago más.

—Se nota que le importan mucho los otros —dijo Samuño—. Les mantiene robando sus historias y si pudiera, les robaría más. Conozco bien los de su gremiecito. No intente sonar bondadosa conmigo.

—No sé qué trata de decir.

—Sí lo sabe. Los demás le sirven nada más para su escritura. Transforma personas en personajes sin su consentimiento. Eso es robo de identidad. Un robo que en el fondo, también es muy egoísta.

Ese hombre no tenía escrúpulos. Nadie nunca le había dicho eso de forma tan mezquina; ni siquiera los críticos asiáticos, que la tildaban de inverosímil.

Donna, simulando displicencia, dijo:



—Quizá sea ladrona, pero no hago gala de ello como usted. No lo muestro tan deliberadamente, como si me valiera un rábano.

—Es lo que usted cree.

—Al parecer le encanta ver las cosas con pesimismo.

—Es lo que resta. No tengo de otra, Donna.

—Eso no tiene sentido. Pero a ver, ¿qué libros se robó?

Sin hacerse rogar, complacido, Samuño mostró las siguientes novelas:

El guardián entre el centeno, JD Salinger.

El lenguaje perdido de las grúas, David Leavitt.

Los labios de vermut, Manuel de Lope.

Seda, Alessandro Baricco.

Algún día este dolor te será útil, Peter Cameron.

Monsieur Pain, Roberto Bolaño.

Tenía que aceptar que Samuño exhibía un gusto refinado. Algunas de las novelas, que sonaban de escritores de peso, ni siquiera Donna las había leído. Donna se consideraba una ávida lectora de narrativa; se sintió apocada. Samuño le explicó que él sí las había leído todas. Que eran novelas buenas, no magistrales, pero que le entretenían y le gustaban por varias razones que estaba de más explicar. Se las había robado porque los ejemplares que tenía en casa estaban algo gastados y los de esa librería se miraban de mejor calidad, y tenían portadas de lo más atractivas. «Observe ésta de *Seda*, ¿no le parece hermosa? Me provoca ganas de irme a Asia...» En sus ojos se observaba un brillo condescendiente que a Donna le puso los pelos de punta.

—Me gusta *El guardián entre el centeno* —dijo ella—. ¿Sabía usted de los rumores de que Salinger bebía su orina en mitad de ataques de ansiedad? Lo dijo su propia hija. Pero entre las familias todos se llevan tan mal, que no sé qué creer. Pudo ser un intento de difamación.

—No hablemos de él, por favor.

—¿Por qué no? Pensé que le gustaba. Es uno de mis escritores favoritos. Hasta diría que tiene cierta influencia en mí. Pero no lo comente con cualquiera. A



los periodistas les digo que nadie me influye; que mis escritos son muy independientes.

—No quiero hablar de Salinger. Me tienen hartito esas conversaciones, esos largos artículos. Ya se ha hablado mucho de él. Resulta cansino tanto blablablá sobre sus libros y poca lectura de ellos. ¿O acaso usted ya los leyó todos?

Donna no sabía que Salinger tuviese otros libros aparte de *El guardián entre el centeno*. A decir verdad, recordaba poco de esta novela (ella no solía releer libros). La leyó en su juventud y en su juventud prestaba escasa atención a lo esencial.

Ella respondió con enfado:

—Usted no tiene límites. Mejor caminemos más rápido. Me comienza a dar frío. El invierno siempre me cala hondo. Detesto esta ciudad; aquí se siente peor.

El bar estaba casi vacío. Era uno pequeño, ambientado con calaveras a la mexicana, muy pintadas y alegres. El suelo estaba cubierto con algo que simulaba ser serrín, aunque parecía demasiado plástico. Música de Vicente Fernández en la roconola. Era, en sí, un bar en el que Donna jamás entraría en otras circunstancias.

Un mesero preguntó:

—¿Qué van a pedir, señores?

La última vez que Donna estuvo en un bar fue en una conferencia de escritores en Atlanta. La editorial le pagó sus gastos de estadía; en teoría pudo haberse bebido todas las botellas a su disposición. No lo hizo. Luego de charlas diarias de rigor —aburridas expresiones sobre el estilo o sobre otros escritores clásicos con inmensas citas sobre aspectos banales del aburrimiento— los escritores bajaban al bar a chocar vasos y conversar sobre sus recientes conquistas u organizar orgías relámpago. Donna asistía para observarlos, y claro, para tener algo de acción vaginal. Pero no bebía ni un sólo trago. Las drogas la alejaban de la realidad, de su imaginación; la perdían en un espacio desconocido del que temía no poder salir.

—Un jugo de mango, por favor —contestó al mesero—. Que no esté tan helado.

—Muy bien. ¿Y usted, señor?



Samuño se acomodó en su asiento. Dijo:

—Nada.

—¿Nada? —se asombró Donna.

—No tengo ganas de nada. No me gusta beber en bares. Ni comer.

—Oh.

El mesero ya había escuchado suficiente y se fue con mesura hipócrita.

—¿Por qué no? —se exaltó Donna—. Quise venir acá porque pensé que a usted le agradaría este ambiente.

—Lo siento, pero no me agradan los bares. Están llenos de mucho desgaste. Suficiente desgaste existencial hay en mi biblioteca.

—Lo hubiese dicho antes...

—No lo creía conveniente. Además, no quise arruinar un ritual que al parecer hace con algunos de sus lectores.

—No suelo invitar a mis lectores a bares. ¿De dónde saca eso?

—¿Ah, no?

—No.

Samuño preguntó con sorna:

—¿Qué me hace tan especial para recibir ese privilegio?

—No es que usted sea especial. Es que usted me parece diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Se nota sólo con verlo a la cara. Y no, no me haga explicárselo. Es muy incómodo.

—Como usted diga, Donna. De todos modos ya me hartan las explicaciones de la gente sobre mi supuesta diferencia. Y ni me convencen.

El jugo de Donna llegó: estaba muy helado, muy dulce, de un amarillo pálido; apenas lo saboreó sorbiendo de la pajilla. Se le erizó la piel de los brazos. Lo puso sobre la mesa donde las luces hicieron lo suyo con el vidrio. Vio a Samuño. Se dijo que quizá no era el hombre más guapo con el que quisiera compartir una noche, pero algo en su interior ardía por saber si era bueno en la cama. Si era tan peculiar, predispuesto a



las revoluciones oscuras, como simulaba ser en los demás escenarios de la vida. Se mordió el labio y preguntó:

—¿Soltero?

—Sí.

—Interesante.

Lo que la gente desconocía de Donna al ver su fotografía en la solapa de los libros, en las primeras planas de revistas literarias, era que ella no era una mustia. Eso no se captura tan fácilmente con el flash. Letrada sí era, pero no por eso era un cuerpo disecado de museo. Era, como dirían las jóvenes de hoy en día, una puta, una *bitch*. En el buen y delicioso sentido de la expresión, sin duda. Le encantaban los hombres, las eyaculaciones, las diversas anécdotas de los suspiros desnudos. Los consideraba muy necesarios: ¿Cómo llenar páginas y páginas de sus novelas sin ellos? Y esa noche tenía largo rato sin un hombre. Samuño estaba a la mano, le intrigaba, había que probar.

¿Estaría él interesado en ella? Hasta donde sabía los lectores tienen cierto enamoramiento con sus escritores favoritos. Idolatría exagerada. Donna podía utilizar eso a su favor.

—¿Le gusta mucho mi novela?

—¿Cuál?

—Pues la última. La que le firmé hoy.

—¿De las otras no le gusta hablar?

—Lo adoro. Pero a los demás no. No les gustan mucho. ¿A usted sí?

—No tanto. Son buenas, pero no en exceso. Se nota que usted las supo escribir, pero le hizo falta un toque más entretenido. Al menos para mi gusto.

A Donna le disgustó ese comentario. Dijo:

—Supongo que entretener a los demás no estaba en mis prioridades. Sólo quise entretenerme a mí misma.

—¿En su última novela sí logró entretener a los otros? ¿Eso piensa?

—No necesariamente. Digamos que fue un giro del destino. Algo conspiró. Resulta que en *Liderazgo de las palmeras* lo que me entretuvo a mí, también le entretuvo a ellos. Pura coincidencia.



—Fifikus no es que entretenga —dijo Samuño dejando de verla a los ojos y suspirando hacia la puerta—. Él encarcela. Sí su novela tuviera más páginas, las leería gustoso. Sin cesar.

—Pues lea la novela otra vez.

—Sabe usted que no es lo mismo. Y no es a lo que me refiero.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, bien.

—Va a la deriva. ¿Cómo alguien como usted puede ser la autora de una novela como ésa? Me impresiona verla, oírla hablar, e imaginar que de sus dedos fofos salió una historia como la de Fifikus.

No sonaba a una reprimenda, una crítica despiadada. Era una duda sincera. Donna adoraba la sensación de engendrar enigmas.

Le explicó a Samuño, sorbiendo de su vaso:

—Siempre he creído que mi *yo escritora* no es el mismo yo que proyecto a los demás. No me afecta lo que usted dice. Es lo que pretendo hacer. No me agrada que mi lado más sublime, artístico, quede a la intemperie. Que los demás se conformen con mi cascarón; no me importa lo que digan.

Samuño asintió y cerró los ojos.

—Siendo así, hace muy bien. Aunque es decepcionante de todas formas. Esperaba más profundidad de su parte.

—No la tendrá.

—Bien.

—Bien.

Cambiaron de tema.

Él le contó acerca de su vida, pero sin demasiados detalles. Tenía veinticinco años, era informático y trabajaba en la comodidad de su casa (por eso se acostumbró a vestir sin darle importancia a la eterna pijama; no tenía alta gerencia que lo coaccionara), en ocasiones salía a los prados de la ciudad a correr un poco, visitaba a su madre anciana en el campo los domingos, veía las películas del momento en el cine nocturno, oía música en los trenes de las once, pero en lo que más invertía tiempo era en la lectura. «Leo desde



los nueve años. Comencé con *Las Crónicas de Narnia* en un banquillo del colegio y hoy leo *Rayuela* en un sofá viejo y roto de mi apartamento en la periferia. Género negro, erótico, romántico, fantasía, terror, ambigüedades... Leo todo lo que se me da la gana.» Era un hombre muy perceptivo, le gustaba observar los gestos de la gente, interpretaba esos gestos casi a la perfección, y sabía desde hace rato que Donna se quería acostar con él.

Donna, con una sonrisa afectada, dijo:

—Si lo sabe debería actuar de una buena vez. Este bar tampoco me gusta. ¿Su cuarto o el mío? ¿Ninguno? Quizá no le atraigan las mujeres, o no le atraigo yo en específico. En ese caso, Samuño, no me molesta. No acoso a nadie. Pero igual vámonos.

—En mi cuarto no. Prefiero que se mantenga desconocido; es mi santuario. Como su *yo escritora*.

—No hay problema. Estoy alojada en un hotel; me da igual que conozca mi cuarto.

—¿Queda cerca?

—Sí. Muy cerca. A unos quince minutos caminando. Aunque mejor tomemos un taxi.

Tomaron un taxi, en el que no conversaron en lo absoluto; viajaron por una carretera oscura y silenciosa, Donna le tocó una pierna en el asiento trasero, se rio, se rieron, y entraron en un hotel corriente. Donna lo guió entre las habitaciones que se confundían unas con otras, números y números en colores dorados que se sucedían en centenas cerradas, lo guió entre personas umbrías que no saludaban, lo guió hasta que ella abrió una puerta de madera impersonal. Su cuarto olía a limpieza transitoria; a una soledad viajera que se corría por la cama y se zambullía en el agua de los floreros al lado de la ventana. «Un cuarto muy neutro, así es» quiso comentar Donna, pero mejor se calló. No quiso agregar más pesar a su entorno.

Samuño la tomó de la cintura, le mordió el lóbulo de la oreja izquierda, y le dijo:

—Ya vi las novelas que tiene sobre la mesita de noche. ¿Cuáles son?

Donna, jadeando:



—Varias son de Orham Pamuk y de Dickens. El libro más grueso, el negro, no es una novela.

—¿Ah, no?

—No. Es el diario completo de Kafka. Lo amo. No pude dejarlo en casa. Voy a estar dos semanas en esta ciudad maldita; tengo que rodearme de la mejor compañía. Y este ejemplar es uno que cuido con especial esmero: tiene muchos años; está firmado por el mismísimo Max Brod, que fue el mejor amigo y albacea de Kafka. Gracias a él este diario pudo ver la luz.

—Exquisito... —dijo Samuño y le desabrochó el primer botón de la camisa—. Ahora cállese.

Ella también lo desnudó a él.

Samuño tenía pies muy bonitos. Pies viriles, con pelos en los gonces, blancos, largos, anchos, de uñas bien cortadas. A Donna le excitaron muchísimo.

Cuando Samuño llegó al orgasmo, minutos de movimientos borrosos después, gimió diciendo una frase de la novela de Donna: «Fifikus era capaz de incinerar niños porque no creía que les estaba haciendo mal alguno: creía que les estaba regalando la luz benigna de la muerte justa».

Donna se durmió pensando en la locura pasional que observó en los labios de ese hombre fanático de la ficción.

Al despertar, casi a mediodía, con las sábanas manchadas de un blanco amarillento, Samuño ya no estaba en el cuarto. Tampoco estaba ninguno de los libros que ella había dejado sobre su mesita de noche.

—Maldito ladrón —escupió.

Imaginaba que eso pasaría, pero, una parte de su ser, la más ingenua y vil, le nubló el cerebro. Eso es lo malo de ser escritora, pensó Donna levantándose de la cama. Había momentos en los que ella creía que podía cambiar la realidad, y cuando se daba cuenta que eso no era cierto, sufría más que nunca.

Desayunó, se bañó, y se fue a firmar autógrafos a eso de las nueve. Aunque esta vez, se dijo, no hablaría más de lo necesario con ningún lector por muy atractivo que éste fuese.

En años posteriores Donna Durán escribió un cuento basado en este episodio dejando a Samuño sin



cualquier tipo de encanto (casi sin éxito). Le concedió la razón: ambos eran ladrones, pero dejó claro que al menos ella no hacía daño a nadie; no en un modo irreversible y despiadado. Ésta fue la única venganza que se quiso permitir.

